

# Ante algunas definiciones de política exterior

DESDE HACE RATO tenía la tentación de comentar toda una serie de “definiciones” de política exterior contenidas en la entrevista conferida a nuestro Canciller que fuera publicada por el matutino La Nación, hace ya algunas semanas.

Dejé pasar el tiempo, quizás con la secreta esperanza de olvidarme de ellas. No lo he logrado. Y el hecho de haber incluido en este número, como cabeza de su contenido, el excelente trabajo de Roberto Russell y Juan Gabriel Tokatlián, que nos obliga a reflexionar, me mueve a ensayar las consideraciones que siguen.

## Un país “predecible”

Primera definición: El actual Canciller sostuvo: “tenemos que lograr que la Argentina sea vista como un país respecto del cual es posible predecir sus decisiones; que cuando el mundo gire la cabeza buscando a la Argentina, la encuentre donde supone que está”.

Es evidente que cuando el Canciller habla se refiere a su área específica de competencia. Esto es, la de la política exterior. Y no a otras, que son responsabilidad de otros ministerios aunque tengan alguna relación con la cuestión genérica de la “predictibilidad” argentina. Me refiero a cuestiones muy serias, como la deficiente calidad de muchas de nuestras instituciones como el poder judicial y, muy en especial, la de su fuero federal; la necesidad de reconstruir el demolido estado de derecho; la cuestión no resuelta de la deuda externa; las tarifas congeladas de los servicios públicos; la urgencia de devolver a nuestro pueblo su seguridad personal; la tremenda cuestión de la desocupación; el acceso al crédito y algunas otras. Todas ellas, para el Canciller, cuando habla como tal, son -en principio- harina de otro costal. De allí que solo nos referiremos a su pensamiento sobre política exterior específicamente.

En ese contexto, la frase transcripta parecería sugerir que nuestro lugar como país estaría ubicado “detrás” de los demás, que -por ello- deben “girar sus cabezas” para poder encontrarnos. Como si no se nos conociera. Lo de “mirar para atrás para encontrarnos” parece ser una muletilla obsesiva del Canciller, que claramente cree que estamos en una



segunda (o tercera, o cuarta... ) línea. Tanto, que lo repite en su nota del 9 de agosto pasado publicada en Clarín.

Esto es lo que, en palabras de Joaquín Morales Solá, conforma “una idea muy reducida, casi módica, de la Argentina”. Pese a que, como agrega este buen periodista, “las encuestas muestran, en cambio, que la sociedad argentina resguarda todavía un proyecto nacional más ambicioso que el que pincelan el Presidente y su Ministro”. Es así.

Esto podría ser parte de lo que nos animamos a llamar la concepción minimalista”de la política exterior, que parece prevalecer entre quienes definen el actual rumbo externo. Aquella que ha sido definida, en algún detalle, por el Ministro César Mayoral, quien pareciera sostener que -atento a que somos un país con limitaciones que de no ser tenidas en cuenta nos harían caer en el ridículo- tenemos ciertamente un lugar en la segunda línea de la comunidad de las naciones. De allí, quizás, lo de “girar la cabeza”, supongo.

Me cuesta imaginar al General José de San Martín escuchando ese consejo cuando estaba a punto de cruzar la Cordillera, iniciando su audaz cruzada libertadora. Esto es, que alguien le sugiriera que, atento a nuestras limitaciones, no debería emprender tamaño desafío porque de fracasar nos expondría al ridículo. Tremendo, ¿no es cierto?

Además cabe preguntarse concretamente si, en algunos rincones de la política exterior, no somos ya -en rigor- relativamente predecibles. Hay ciertamente razones para que algunos pudieran pensar que sí.

Primero está una curiosidad, casi sin precedentes entre nosotros. Me refiero a nuestro actual modo de ser. O, más bien, a nuestro estilo que pareciera corresponder a una suerte de “Patria pendenciera” de reciente factura. Digo esto, porque así lo atestiguan los numerosos conflictos que hemos acumulado con prácticamente todos nuestros vecinos, en un momento u otro. Esto, por conformar una serie de episodios, nos hace predecibles. Aunque la imagen no guste. Y así nos va. La presencia de Chile y Uruguay en las ceremonias en conmemoración de la derrota argentina en Malvinas puede bien tener algo de reacción a algunas de nuestras manifestaciones de intemperancia. Que hacen daño, según queda a la vista. Más allá de las disculpas posteriores.

Políticamente, en la región parecemos estar ahora bastante cerca de Chávez y no demasiado lejos de Castro. Lo que, a su vez, es otra definición. Así, pareciera, es como nos ven desde afuera. Acabamos de asistir a una visita presidencial oficial a Venezuela que tuvo lugar en las vísperas mismas del referéndum revocatorio del Presidente Chávez, solicitado por buena parte de su pueblo conforme a la Constitución. ¿Nadie se detuvo a pensar que ese desenfadado viaje podía verse, por algunos, como un endoso, o -cuanto menos- como una apuesta de perfiles complicados?

Nuestras preferencias políticas parecen ser tan así que, desde las columnas del Wall Street Journal, una comentarista política especializada en la región (cuyos dichos magnifica el periodista que hoy es nuestro Cónsul en Nueva York) destacaba, hace solo algunos días, las tres visitas latinoamericanas que recibiera el candidato demócrata John Kerry en la Convención de Boston. No sin comentarios “picantes”. Estas fueron la del sandinista Tomás Borge, viejo conocido de Kerry; la del ex presidente peruano Alan García, aquel

presidente fracasado del que algunos no hace mucho decían “Ay patria mía, dame un presidente como Alan García” y finalmente, la de la Señora esposa de nuestro Presidente. En la misma categoría.

## Hemos “extraviado” a la principal potencia del mundo, pero ella existe

Segunda definición: “Queremos estar en el MERCOSUR, cerca de Europa y comerciar activamente con China”. Eso es absolutamente correcto. Pero seguramente queremos mucho más. El mundo no se agota solamente en ello.

En la entrevista hay un “pequeño detalle” que llama poderosamente la atención. Nada, absolutamente nada, se dice en todo el reportaje acerca de un país: los Estados Unidos. Como si simplemente no existiera. Lo que no es así, porque es una realidad para la mayoría de la gente. Con sus más y con sus menos. Nos guste o no nos guste. Cualquiera sea la ideología del circunstancial observador. Y, más aún, un país visitado (ahora, con bastante frecuencia) por algunos de nuestros hombres y mujeres del mundo de la política.

Pequeña omisión. Porque mas allá de las cercanías o lejanías políticas, los Estados Unidos existen. Es un dato central de la realidad. El silencio es entonces sugestivo. Pareciera toda una definición, mas sonora que muchas palabras.

Quizás sea por eso que, cuando en Caracas se nos preguntara por el ALCA, la respuesta que fluyó fue, socarronamente,: “¿Qué es eso?”. Hay en ella mensaje. Y no precisamente implícito, el que difícilmente pasa desapercibido para los observadores.

## En busca de algún “liderazgo”

Tercera definición: “Nosotros aspiramos a tener un liderazgo de iniciativa, de creatividad, de imaginación”. Hasta ahora, no se ha visto demasiado, por cierto. Pero, tiempo al tiempo. Y sigamos con las declaraciones.

“Brasil tiene un liderazgo de volumen”. La verdad es muy otra. Tiene volumen, pero además liderazgo de calidad. Como ejemplos, están la excelente gestión de Celso Amorín en el plano del comercio multilateral y la inteligente campaña del Brasil para tratar de obtener un sitio permanente en el Consejo de Seguridad para sí misma y no para el Mercosur. Mas allá de la discusión de las posibles hegemonías. El actual liderazgo brasileño es ciertamente uno de iniciativa, de imaginación, y más aún, de un nivel de eficiencia y calidad tal, que provoca el aplauso. Reconocerlo no es pleitesía. Es la verdad. La gestión comercial multilateral de Amorín ha sido a la vez, acertada, corajuda y -como si eso fuera poco- pareciera haber tenido éxito. Además, como dicen Russell y Tokatlian, no todo es liderar o seguir. Se puede cooperar, consensuar, armonizar, o sea trabajar juntos. ¿Por qué no? Pareciera que solo se quiere seguir a algún otro. De allí lo de la “segunda línea”, quizás.

Pero hay más: “Chile tiene un liderazgo de concepto”, agrega el Canciller. Según el diccionario, esto quiere decir, de ideas, de pensamiento, de ingenio, de opinión, de juicio, de crédito, de calidad, etc.. y hasta de imagen. Parecería, en función de lo que hemos dicho, que ese es el tipo de liderazgo que quiere para nosotros. De ser así, el camino a recorrer

está a la vista. Es el de Chile, entonces. Porque es mucho lo que cosecha con conducta, coherencia, respeto, y firmeza en la definición del rumbo. Tanto, que Chile parece haber reemplazado a la Argentina en algunos escenarios internacionales. Mal que nos pese. Pero esto será objeto de algún otro comentario. En consecuencia, si eso es efectivamente lo que se pretende (y hay que, por supuesto, preguntarse si ese debe, o no, ser nuestro ideal) lo tenemos, bien cerca. Hay allí alguien a quien seguir. Como a algunos pareciera gustarle. A nosotros, no. Porque aspiramos a ser nosotros mismos.

Por esto cabe recordar lo de José Ortega y Gasset (“El tema de nuestro tiempo”, Espasa-Calpe, 1984, pág. 19) cuando apuntaba que las deserciones del puesto histórico de un país no se cometen impunemente. Entonces decía: “la generación delincuente se arrastra por la existencia en perpetuo desacuerdo consigo misma, vitalmente fracasada”. De allí que defraudar la intención histórica depositada en ella tenga, para los países, un precio siempre alto.

### **El tradicional “resentimiento” hacia el agro**

Cuarta definición: “Está agonizando la concepción de Argentina como país granero del mundo”. Notable. Porque estamos luchando, a brazo partido, por obtener una mejor posición en los mercados agrícolas mundiales. Esto es, en un capítulo del comercio internacional que ciertamente no ha agonizado. Que, además, nos interesa enormemente al Brasil y a nosotros por igual. Porque ambos tenemos capacidad de oferta y porque, en materia agropecuaria, podemos competir con cualquiera en términos de cantidad y calidad de productos. Nuestra gente de campo sabe lo que hace, es trabajadora y toma riesgos. En rigor, el sector agropecuario es enormemente dinámico, desde que duplica la producción cada 10 años y, además, es el que, año a año, más invierte. El año pasado, 13.000 millones de pesos. Y en la reciente gira del gobierno y el sector privado por China casi el 90% de las cuestiones abordadas tuvieron vinculación con el ámbito de lo rural. De allí que el propio Presidente dijera “La Argentina puede asociarse a China en varios sectores, no solo como abastecedor de materias primas. Uno de los ámbitos de asociación mutuamente ventajosa es aquel de desarrollo del sector agropecuario.”

Estamos negociando multilateral y exitosamente nada menos que el comienzo de lo que puede ser la defunción del proteccionismo agrícola. Lo hacemos como corresponde, con el Brasil, la India, Sudáfrica, Canadá, Nueva Zelanda, etc. como socios. No detrás, sino junto a ellos. Se trata nada menos que de terminar con los subsidios del mundo desarrollado a sus respectivos agros que, con despiadada actitud proteccionista, tanto daño nos han hecho desde mediados de la década de 1960. Pero pocos hablaban de esto, hasta hace poco. Hoy, todos actúan cual videntes. Porque es más fácil provocar el aplauso o despotricar retóricamente, que conducir hábilmente una negociación multilateral como la que acaba de coronar su primer gran éxito. Aunque seguramente habrá otras muchas batallas en el camino.

El agro, respetuosamente, a pesar de lo expresado por nuestro Canciller, es una prioridad comercial de nuestra política exterior. Mas allá de los resentimientos de algunos. Tal

como lo ha sostenido el Sr. Presidente, correctamente.

¿O tampoco es cierto que el agro y sus exportaciones son hoy parte de la columna vertebral del nuestro crecimiento, en momentos en los que los precios internacionales del sector -gracias a Dios y a China- parecen haber vuelto a sernos favorables? Después de muchos años de “vacas flacas”, provocados precisamente por el proteccionismo (cuya cuenta pagábamos nosotros) de países como los de la Unión Europea, Suiza, Japón, Corea y los Estados Unidos, las cosas han comenzado a cambiar. A partir de la expiración de la cláusula de paz y de algunas acciones exitosas en el plano de los paneles arbitrales. Las intentadas, sobre todo, por el Brasil.

El proteccionismo nos privó de precios y además, de mercados. Nos aisló, condenándonos a tener que ver languidecer por largo rato a casi todas nuestras economías regionales. Ellas debieron, con suerte variada, adaptarse a una situación difícilísima, que provocó verdaderos éxodos de miseria hacia las ciudades.

Curiosamente, esos mismos “resentimientos” son los que hoy hacen que, pese a todo, no estimulemos al agro. Para aprovechar, como Brasil, al máximo la coyuntura. Pese a que el sector tiene posibilidades multiplicadoras gigantescas. Tan es así, que el Estado Nacional (que en Argentina no subsidia al sector rural) se apropia de una importante “tajada” de las ganancias del sector (de las “vacas gordas” entonces) mediante el cobro de elevados derechos a sus exportaciones. Pese a lo cual, nuestro campo sigue trabajando incansablemente, generando ocupación y riqueza.

Todo esto es verdad, más allá de cualquier ensalada de palabras conteniendo acusaciones al sector agropecuario, calificándolo de proclive al cesarismo, o al autoritarismo, etc. Las que parecen sugerir, hilando fino, que aquello de la paja en el ojo ajeno mantiene su vigencia.

Estas observaciones críticas solo tienen espíritu constructivo. Es bueno que nos anime-mos a hablar claro. Desde el respeto. Juan Bautista Alberdi, en su poco conocido “Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho”, de 1837, decía: “El pueblo no es una clase, un gremio, un círculo: es todas las clases, todos los círculos, todos los roles. Respetemos esta celeste armonía, esta sagrada integridad, que es el espíritu del Evangelio y el dogma del espíritu humano”. Todos nos equivocamos. Los rumbos se corrigen -o no- a partir de la discusión civilizada. No desde la generación de miedo, ni desde el insulto, los gritos o la descalificación, sembrados constantemente a la manera de instrumento de disuasión ■

LA DIRECCIÓN